

De Cayasso a Nemesio

Edgar Tijerino Mantilla



Los Cinco Mundiales Nicas



Edgar Tijerino Mantilla

Managua, 17 de febrero de 1944

Editor y Redactor deportivo en La Prensa 1970-1979 y 2000-2007; Editor deportivo en El Nuevo Diario 1980-1982; 1995-2000 y 2007 hasta hoy; y Editor deportivo en Barricada 1983-1995.

Cuarenta y tres años en la crónica deportiva.

Libros: El Mundial Nica (1973), El Flaco Explosivo (1975), Doble Play (1986), El ídolo no muere (2010) y ¡Bravo Denis! (2011).

Treinta dos años al frente del Programa deportivo radial Doble Play.

De Cayasso a Nemesio

Edgar Tijerino Mantilla

La Biblioteca Nacional de Nicaragua en calidad de Agencia de ISBN, declara que bajo el siguiente número de ISBN quedará registrado el siguiente título, identificando como editor responsable a: **Producciones Doble Play**.

N

796.357

T561 Tijerino Mantilla, Edgar

De Cayasso a Nemesio / Edgar Tijerino
Mantilla. -- 1a ed. -- Managua : Producciones
Doble Play, 2012
320 p.

ISBN 978-99964-818-2-6

1. BEISBOL-HISTORIA 2.DEPORTES-NICARAGUA

Managua, 04 de diciembre 2012

Elaborado: Producciones Doble Play

Coordinación Editorial: Edgar Tijerino

Diseño de Portada: Rodolfo López M.

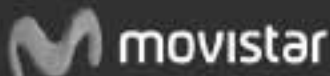
Diseño y Diagramación: Rodolfo López M.

Impreso: INPASA

®Todos los derechos reservados



Julio Juárez, un monumento a la raza estoica. Verdugo de Cuba en 1972.



Compartida, la vida es más.

Beneficios Movistar

Música para tus oídos.

- Tu Bono se consume primero y a cualquier compañía.
- Tus recargas rinden más.
- Llámame que no tengo saldo.

Los mejores beneficios
los tiene Movistar.



condiciones aplican.

Índice

Prólogo.....	15
El escritor más escritor.....	28
Un fabricante de asombros en nuestro beisbol	
Carlos, el irrepitable.....	33
Después de 64 años de estar deteriorándose	
El Coloso sangrando.....	43
El primer símbolo de nuestro beisbol	
Cayasso, ese robe.....	51
Serie Mundial de 1948, Cayasso en primera	
De pronto, el caos.....	61
Segundo Mundial Nica en 1950	
La furia de Green.....	71
Prólogo del libro El Mundial Nica, escrito en 1973	
Deporte y literatura.....	81
Entremos a Nicaragua Amiga 1972	
El Mundial inolvidable.....	89
Así vivimos juego tras juego de la Selección	
La fabulosa cabalgata.....	95

Cerrar derrotando a Cuba 2-0 ¡Qué grandioso fue!	133
Cada hombre supo crecerse Pilares de la proeza	141
Los 16 equipos bajo la lupa ¿Cómo los vimos?	151
El final de la batalla Cuba-USA Lo más electrizante	165
En un Mundial de pitcheo puro Marcas asombrosas	175
El All Star del Mundial 72 Figuras cumbres	185
Las emociones bajo la lupa ¿Qué dejó el Mundial 72?	193
Juárez regresa a la colina imaginariamente ¡Así le gané a Cuba!	199
Calixto Vargas enfurecido en 1972 Casi campeón bate	207
Un auténtico mata-pitcheres Selva, nuestro “Bambino”	217
Siempre fue duro como el mármol Vicente, el super cátcher	225
La muerte de Roberto Clemente Nos partió el corazón	235

Serie Mundial de 1973 en un país herido	
El duelo Denis-Wortham.....	243
Otra vez con 16 equipos batallando en 1994	
Último Mundial Nica.....	253
Las huellas del Mundial de 1994	
Campeones... ¿Cuándo?.....	263
Repaso numérico a los cinco mundiales nicas	
¡Aquí las cifras!.....	273
¡Qué suerte haberlo visto en acción!	
Nemesio, un símbolo.....	285
Abrió Garth y cerró Espino	
Cinco nicas humeantes.....	295
Los locutores de aquellos mundiales	
Sucre, el Rey.....	300
All Star nica del Siglo.....	309

¿Por qué el título?

Como bien lo apunta Danilo Aguirre en el estupendo prólogo que elaboró para este libro, Cayasso y Nemesio, han sido dos símbolos de nuestro beisbol. “Cayasso pudo ser Nemesio y Nemesio pudo ser Cayasso” dice con certeza de arquero apache.

Al estructurar un trabajo que abarca los cinco Campeonatos Mundiales de Beisbol amateur realizados en Nicaragua, aplicarle un título apropiado, no saltaba rápidamente a la vista, sin embargo, las imágenes de Stanley Cayasso y Nemesio Porras, como inicialistas y pilares de las dos alineaciones, la de 1948, y la de 1994, me resolvieron el problema.

De Cayasso a Nemesio ¿Qué mejor manera de juntar diferentes etapas de nuestro beisbol encadenadas por cinco mundiales, que con ese título? Y entre ellos, en la misma posición, otro de los más grandes peloteros que han usado la camiseta, Calixto Vargas, el casi Campeón Bate del Mundial de 1972, un ejemplo de tenacidad, de superación y de confianza en sí mismo.

Nuestro beisbol ha sido pequeño, pero con algunas grandes figuras, inolvidables, históricas, grandiosas. De Cayasso a Nemesio, no rima, pero deportivamente es poético. Fue un orgullo para mí conocer a Cayasso, conversar con él, captar su mirada limpia, escuchar su lenguaje sencillo y franco, y apreciar su humildad congénita; fui un admirador de Calixto por todo lo que hizo y lo que significó; y seguí paso a paso todas las huellas trazadas por el formidable Nemesio Porras.

Como fanático del beisbol, y como cronista, no hay duda que he sido muy afortunado. He vivido con mi fantasía encendida.

Dedicatoria

*Aún moviéndose en su silla de ruedas, veo inmenso a Carlos García. Este es el varón que supo y pudo trabajar duramente sin pausa y sin horario, buscando como ir siempre más allá de lo previsible, abrazado al beisbol con una pasión tan avasalladora, como la de Balzac por la escritura. Hemos sido amigos a lo largo de más de 40 años, zigzagueando entre contradicciones que terminaron fortaleciendo una relación fundamentada en el respeto mutuo y la tolerancia necesaria. A su lado, aprendí mucho sobre la vida y sus laberintos, lo cual siempre le he agradecido. Cuando pensé por vez primera en este libro, me dije, tengo que dedicárselo al hombre que contra vientos, mareas y terremotos, construyó tres Mundiales. **¿Qué hubiera sido de nuestro beisbol sin él?** Nunca me he atrevido a buscar esa respuesta.*

Un abrazo Carlos, y gracias, en mi nombre y el de Chilo.

EDGAR TIJERINO MANTILLA.

Prólogo

Entre luces y sombras

Danilo Aguirre Solís

La Historia del pueblo nicaragüense está llena de sufrimientos y frustraciones.

Esas páginas se vuelven más dolorosas, cuando el avistamiento de un horizonte venturoso, nos ha dejado anclados a la orilla de la gloria.

En estos trances hay que incluir los desgarros propios de una nación empobrecida por las acciones recurrentes de cúpulas políticas atrasadas y corruptas, así como la crucifixión sísmica de nuestras ciudades del pacífico, colocadas entre las fallas del Océano y la cadena volcánica que las atraviesa.

Pero no se asusten, no es este un prólogo para profundizar sobre esos temas, sino para hablar de béisbol, más concretamente de la vida, pasión y agonía de las selecciones nacionales, que durante muchos años fueron y en alguna medida lo siguen siendo, una fuente más de esas amarguras que anotábamos al principio de estas reflexiones.

La ocasión es propicia, cuando Edgar Tijerino, en su incansable búsqueda de hitos y paradigmas de nuestros deportes, para convertirlos en libros que perennicen su

memoria, ha fijado su próxima parada en la conjugación de valores que encierra, recorrer las huellas de nuestro pasatiempo nacional, entre las figuras de Stanley Cayasso y Nemesio Porras, cuyas pisadas son más profundas y transparentes que las de Acahualinca.

Ni que decir que Tijerino lo hace en el momento más espléndido de su prosa, cuando su manejo del lenguaje y la erudición de sus metáforas, se han convertido en una suerte de prestidigitación con el uso de los géneros periodísticos y la literatura.

Sin lugar a dudas, es un acierto de Edgar, ubicar en los polos de su obra, a dos leyendas del poder y la eficacia, de la disciplina y la entrega, de la sencillez y la gallardía, del orgullo sin petulancia para vestir el uniforme de Nicaragua.

Cayasso pudo ser Nemesio y Nemesio pudo ser Cayasso. Son símbolos calcados uno como el otro para representar con el mismo rigor las etapas de nuestro béisbol que les tocó protagonizar.

Soy de los que creen que las intervenciones de los marines norteamericanos, no fueron determinantes para que en Nicaragua prevaleciera el deporte de los bates y las pelotas, sobre el fútbol que se asentó en el resto de Centroamérica.

La mejor prueba de ello es, que el béisbol llegó primero a las Costa del Caribe que al Pacífico de nuestro país y que a lo largo de más de un siglo, la más límpida integración de nuestros hermanos caribeños con las regiones mestizas, se ha dado en la práctica de este deporte.

Cuando Nicaragua a mediados de los años 30 del siglo pasado, ya empezaba a sentirse como potencia beisbolera, la figura más emblemática era “El caballo de hierro”, Stanley Cayasso.

Al iniciarse las series mundiales finalizando esa década, junto al inconmensurable Chino Meléndez y otros gigantes como el Zurdo Dávila, Pichón Navas, Jaguita Vallecillo, brillaban Jhonatan Robinson, Sam Garth, Culvert Newel, Timothy Mena.

La venida del Navy, las series del Atlántico, cuyos campeonatos disputaban el banderín nacional con el campeón del pacífico, son una hermosa demostración cómo desde el deporte y en nuestro caso concreto desde el béisbol, se eliminaban todos los prejuicios y se erigía una sola hermandad nicaragüense.

Transcurridas ocho series mundiales y arribando a 1947, salvo una que otra racha de mala suerte, las condiciones de la selección nicaragüense estaba ya listas para tocar el cielo.

Eran los años en que nuestro cronista deportivo mayor, que hoy se ocupa de estos menesteres en un libro más de su ascendente bibliografía, empezaba a gatear y dar sus primeros pasos, sin sospechar lo que algunas décadas después le depararía en el mundo de los deportes, su vocación, su decisión y la forjación de un estilo para “llegar a las multitudes sin hacer ninguna concesión” como dijera de Tijerino el poeta Horacio Peña.

La cita en Colombia para el noveno campeonato mundial de béisbol aficionado tenía singulares características.

Sin la participación de la selección cubana y con la ausencia de los Estados Unidos que había abandonado estas lides, los anfitriones aseguraban su competitividad y hasta la posibilidad de alcanzar el premio mayor.

No contaban que la tropa nicaragüense, con otras figuras alcanzando la excelencia como el Conejo Hernández y Eduardo Green y la siempre presencia del imperturbable Cayasso, rivalizando en edad y solidez con Timothy Mena, estaban también pensando lo mismo.

La inmensa afición beisbolera en Nicaragua y hasta los que sólo seguían esas competencias por el orgullo nacional, cruzaban los dedos y se arremolinaban en los pocos radiorreceptores que algunos moradores con recursos económicos se daban el lujo de tener en sus hogares.

Uno de esos vecinos, hizo algo más, sacó un parlante desde el segundo piso de su casa esquinera de la Colonia Lugo, ubicada frente a la antigua catedral de Managua y media plaza de la república se llenaba para seguir las incidencias que se daban en Cartagena y Barranquilla.

La derrota en el juego decisivo frente a Colombia, que una fantasiosa y mala reseña periodística sirvió para estigmatizar para siempre a Jaguita Vallecillo, nos bajó del pedestal que nos habíamos labrado y descendimos sacudidos por el primer gran impacto contra el elevado optimismo que nuestras selecciones de béisbol nos inspiraban.

No sabíamos que apenas se estaba abriendo el telón de otra gran tragedia.

El recordado y muy querido Chale Pereira Ocampo había alcanzado la Presidencia de la Federación Internacional de Béisbol Amateur y llevó a Colombia en un sobre cerrado, las seguridades del gobierno de Nicaragua para montar en nuestro país la Décima Serie Mundial.

Chale, estoy seguro, muy lejos de cualquier malicia política, pasaba por alto que el dictador Anastasio Somoza García había dado ese año un golpe militar al Presidente Leonardo Arguello y que los Estados Unidos estaban obligados por los Pactos de Washington a no reconocer ningún gobierno de facto. Así habían rechazado al títere con que Somoza pretendía sustituir al mandatario destituido y exiliado.

La actitud de un sector del ejército que apoyó al Presidente Arguello y otros visibles gestos de rebeldía, necesitaban de un gran acto de distracción nacional.

Nada mejor que traer la Serie a Nicaragua, donde se daba por seguro que otra vez sin Cuba presente, y superado el trauma del año anterior, sólo la iríamos a traer.

Los pactos de Somoza García con Carlos Cuadra Pasos en 1948 corrieron parejo con la construcción del Estadio Nacional.

Trabajando día y noche se logró alcanzar el 90% del diseño del coloso de cemento y el día de la inauguración, parecía que toda Nicaragua se había volcado en las gradas y en el propio terreno, entonces sin barda, y con grandes espacios entre las rayas y las mallas.

El fracaso fue estruendoso. Nuestra selección fue de derrota en derrota y el aliento del público se fue convirtiendo en burlas y rechiflas.

No tenían culpa ni los brazos heroicos de Medinita, Edzel Brown, el Zurdo Mendoza, ni las actuaciones siempre grandes de Cayasso, Green y compañía, ni mucho menos la dirección del cubano Juanito Ealo, quien tuvo que abandonar de incógnito el país.

Sólo pudimos ganarle a El Salvador y en medio de abucheos que sufrían nuestros peloteros, el segurísimo Eduardo Green dejó irse una pelota entre sus piernas que dio la victoria a Guatemala y que marcó el punto más alto de la debacle.

Fueron muchos los que coincidieron en el “jetatore” del dictador, quien sin saber nada de béisbol, no se perdía partido de Nicaragua y llegó hasta el ridículo gesto de bajarse al terreno aparentando desde el dogaut que dirigía a la selección que seguía acumulando caídas.

Al final algunas cosas buenas salieron, como tener al fin un estadio decente, aunque su próxima remodelación iba a esperar 22 años.

También se logró la sede del próximo campeonato mundial y algo muy significativo para los aficionados nicaragüenses: el empezar a sacar al Bóer del ostracismo a donde lo tenía relegado el celo que de su popularidad tenía el hombre de las Cinco Estrellas.

La Décima Primera Serie Mundial se jugó en 1950, la siguiente en México y la Décima Tercera en Cuba.

Nuevas estrellas llegaron a nuestra selección como Campanita Hernández y su estela de ponchados en la Ciudad de los Palacios y Alejandro Canales derrotando a Cuba en lo que sería nuestra segunda victoria frente a los antillanos en la historia de esos campeonatos.

El momento de alcanzar la máxima presea había pasado para nosotros y aunque batallamos con mucho decoro con nuevas marcas como las de Bert Bradford en México, ya no teníamos una calidad sostenida para acercarnos al primer lugar.

Todavía en Venezuela en 1953 dimos muestras que no todo lo habíamos perdido y con los disparos de Edmundo Roberts y el Goajiro Cosmapa y Stanley Cayasso estrellándose en el home buscando la carrera del empate a una frente a Cuba, concluimos airoso esa etapa que había arrebatado el entusiasmo de la inmensa cantidad de compatriotas que seguían las actuaciones de nuestras selecciones nacionales.

El pobrecito Bóer había vuelto a salir, esta vez de la transformación de aquel Boricuas, que Lucas Vicent, un puertorriqueño y socio de Somoza, había mantenido en el Departamento de Carreteras.

Pobrecito digo del Bóer, por que con todo su arrastre nacional, pasaría muchos años más tarde a convertirse en rehén de lo politiqueros de turno que han querido cubrirse con su popularidad.

Las Series Mundiales se suspendieron por una de las tantas guerras intestinas de la FIFA y la calidad de los campeonatos nacionales dieron pase a la primera Liga Profesional, que relegaría al béisbol aficionado a torneos de muy poca incidencia.

Así, la Serie Mundial, que se reanuda en 1961 en Costa Rica nos encontró en un estado lastimoso y sería hasta 1965 en Colombia durante la decima sexta confrontación que volveríamos a mostrar con alguna timidez ciertos rasgos de lo que habíamos sido en el pasado.

No hubo visa para la selección cubana y Colombia se alzó con su segundo campeonato mundial.

Otro impasse en la reyertas de la Federación Internacional y la Décima Séptima Serie Mundial tuvo que aguantarse hasta 1969 en Dominicana, con la guerra fría trasladada ya al béisbol aficionado y con una selección de Nicaragua que emergía de los escombros de la Liga Profesional, cuyos últimos juegos se dieron al despuntar el año de 1967.

El dramático final de Cuba derrotando dos carrera por una a Estados Unidos que había vuelto a los torneos, hizo pasar desapercibido que Nicaragua estaba también de regreso en su calidad perdida y comenzaba a forjarse una nueva era que retomaría esperanzas en nuestra gran afición, de poder alcanzar el ansiado trofeo supremo que las glorias del pasado no nos habían podido brindar.

Cuba otra vez campeón mundial y que ya había cobrado factura a Colombia en los Juegos Panamericanos de Canadá denunciando a los futbolistas profesionales del país sudamericano, volvió triunfante a Cartagena en 1970.

La final de esa Décima Octava Seria Mundial fue nuevamente de Cuba frente a Estados Unidos, a ganar dos de tres juegos ya que habían finalizado empatados en el calendario regular gracias al no hit no run de Burt Hooton contra los antillanos.

Cuba ratificó su campeonato mundial y Nicaragua, que vio jugar por primera vez en esa Serie a los equipos de Holanda e Italia, aunque no tuvo gran ascenso en el standing final, peleó bravamente contra Dominicana, y la propia Colombia, cayendo sin embargo con marcada inferioridad ante Cuba y Estados Unidos.

Vencimos a los europeos y a Guatemala, sufriendo una inesperada derrota antes las Antillas Holandesas, pero lo más prometedor fueron los trabajos monticulares de Julio Juárez y Sergio Lacayo y las primeras señales que dieron Vicente López, César Jarquín, Calixto Vargas y Rafael Obando de que iban rumbo a convertirse en superestrellas.

En el congresillo, Cuba no tuvo rival para adjudicarse la sede del próximo campeonato y los únicos votos en contra, fueron Estados Unidos que alegó no tener permiso para viajar a La Habana y el de Nicaragua que con su sola mano levantada también había aspirado a montar el evento en 1971.

A pesar de todo, Carlos García que había recuperado la presidencia de Feniba y con sus reconocidas facultades de creatividad y audacia, arrancó para Nicaragua la autorización de realizar el primer Torneo de la Amistad.

El evento fue todo un éxito y por primera vez desde 1948 aparecieron sillas reconstruidas y pintadas en las gradas del Estadio Nacional.

La afición nicaragüense volvía a retomar esperanzas de que se estuviera gestando una selección que al fin nos diera un campeonato mundial. La cita en Cuba daría la medida.

Imponiéndonos en las tres primeras salidas y ya con la nueva ola de fieras en acción, el entusiasmo fue tal que para el duelo frente a Cuba, Anastasio Somoza Debayle autorizó un chárter para trasladar a La Habana a varias decenas de nicaragüenses.

Un día en el lobby del Habana Libre, el juego en el estadio Latinoamericano y una revista musical en la noche antes de

partir de regreso a Nicaragua, dejó colmados a los viajeros y aunque perdimos frente a los Campeones Mundiales, el estrecho score y lo reñido del encuentro borraron diferencias abismales del pasado.

Carlos no se detuvo y esta vez fueron todas las tarjetas levantadas de las delegaciones los que otorgaron a Nicaragua el organizar la Serie Mundial número 20 de beisbol aficionado.

La selección recibía el empuje de Pedro Selva, Julio Cuarezma y el pitcheo nuevo pero muy prometedor de Antonio Chévez y Denis Martínez. Nicaragua estrenó cuatro estadios iluminados en los departamentos y una mayor remodelación en el Estadio Nacional.

Los peloteros nicaragüenses habían tenido preparación en Europa, participando en el torneo de Harlem, Holanda y la gira culminó con un empate ante Cuba logrado con un jonrón en el noveno inning de Germán Jiménez, cuya pelota se perdió en la costa del mar de Pésaro, dado que los outfielders tenían como límite hacia atrás, la suave llegada de las olas en ese bello balneario italiano.

El segundo torneo de la Amistad en Dominicana, fue escenario de la tercera victoria contra Cuba, con la actuación combinada desde el box de Denis Martínez y Antonio Herradora.

La celebración de la Serie Mundial en Nicaragua fue un espectáculo que quedaría para la historia de estos certámenes y una vez más comenzamos a soñar.

Son muchos los que estiman que fue esta la mejor selección que ha tenido Nicaragua; mi opinión es que el punto de ebullición se alcanzó tres años más tarde.

La presencia en 1972 de selecciones de Asia y Europa dieron al evento su verdadera categoría de mundial.

No pudimos descifrar el enigma de los lanzadores japoneses y aquellas cuatro bolas malas de Herradora frente a Estados Unidos que hicieron llorar a toda Nicaragua, nos cortaron el camino hacia la meta, pero levantamos la garra venciendo nuevamente a Cuba.

Pese a las dos derrotas, los fieles seguidores de la selección quedaron convencidos que esos muchachos estaban para más y había que estirar la paciencia.

El terremoto que en diciembre de ese año destruyó Managua, fue seguido de otro gran sismo que estremeció y partió la FIFA.

La Vigésima Primera Serie Mundial se jugó también en Nicaragua y con el brazo echando humo de Denis Martínez en León frente a Estados Unidos, casi llegamos a la cima, pero recurrentemente volvimos a quedar arañando la victoria.

Con tres managers de calidad como Noel Áreas, Argelio Córdoba y Heberto Portobanco turnándose en la dirección, con la asistencia técnica de un sabio en béisbol como Tony Castaño, podíamos decir sin equivocarnos que Nicaragua había recuperado la potencialidad de antaño.

Efectivamente, a pesar de la división interna y externa del béisbol aficionado, estuvimos a un out de ganar el campeonato mundial en Estados Unidos, el mismo día de 1974 que la frustración se nos compensaba con la victoria de Alexis Arguello sobre Rubén Olivares y nuestro país lograba por fin en boxeo, su primera corona mundial.

La última demostración de que una selección nicaragüense podía pelear de tu a tu con todo lo mejor de América, el Caribe, Europa y Asia se dio al año siguiente en Colombia con los truenos de Ernesto López y Porfirio Altamirano propinando el revés más contundente al siempre poderoso equipo cubano.

Habíamos ganado la rifa del triple empate y sólo esperaríamos al ganador de Cuba y Puerto Rico.

Había sin embargo que saltar sobre los noveles chinitos de Taiwán y como en 1948 tampoco pudimos llegar a romper la cinta de la meta.

Los años que siguieron fueron poco a poco restableciendo las viejas hegemonías. Terminamos los años 70 luchando, pero rezagándonos y en los 80 con todo el beisbol emplantillado por el Estado, incluyendo los directivos de los clubes, solo conseguimos algunos destellos de la antigua grandeza, como la medalla de plata en los Panamericanos.

La reconstrucción en los 90 y en el siglo 21 se llenó de grandes valores individuales, pero colectivamente ya no hubo selección nacional con posibilidades de revivir las pasiones del pasado.

Entre esas individualidades está Nemesio Porras, en cuya figura, Edgard a querido ejemplificar las condiciones de destreza física y valores como ser humano que puede Nicaragua mostrar orgullosamente al mundo, sobre la estirpe con que ha conformado sus selecciones de béisbol.

Distinción irreprochable del autor del libro que hoy se presenta, a la que me sumo con la mayor de las satisfacciones.

Los recientes fracasos en Panamá, tanto en el Mundial como en la competencia para el Clásico nos retratan de cuerpo entero hasta donde hemos descendido. No hay frustración donde no hay aspiración y nos reconfortamos con vivir la excepcionalidad de los atletas criollos que han alcanzado el beisbol mayor de las Grandes Ligas.

Es posible que de la mano de esas nuevas estrellas volvamos a vivir sueños de gloria, como los alcanzados con Denis Martínez.

Alguna recompensa habrá de tener esa noble y devota afición del béisbol en Nicaragua.

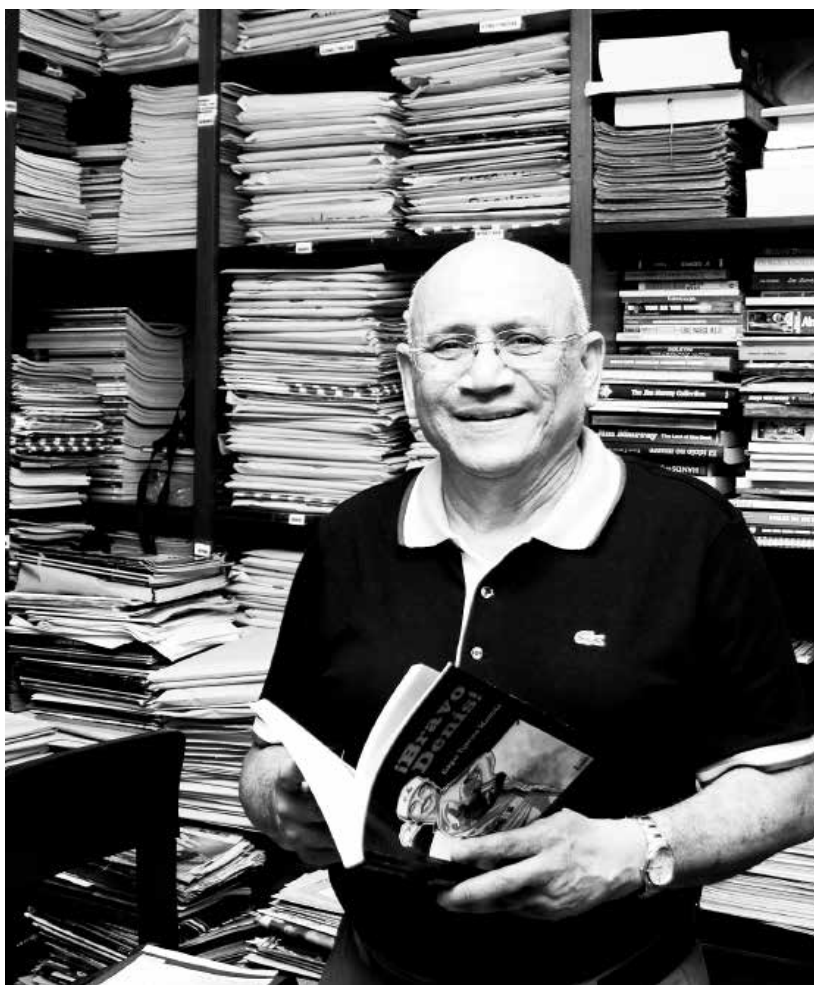
Mientras eso sucede, demos lugar a otra clase de triunfadores en ese bello entorno de los deportes.

Uno de ellos, el que desde comienzos de los años 70 se dio el propósito de revolucionar la crónica deportiva y nos tiene convocados esta noche.

El personaje que con un dedo en las teclas, pero más de diez en la frente, no ha dejado ninguna satisfacción sin brindar a sus lectores y puliendo e ilustrando cada día sus entregas radiales, televisivas y escritas, produce tal admiración, que sentimos que ninguno de los medios de comunicación utilizados estaría completo si le faltara ese espacio que respalda con su firma.

Es indudable que me estoy refiriendo a Edgar Tijerino Mantilla que con este libro deja constancia para futuros historiadores del deporte en Nicaragua de todos los extremos y perfiles que conformaron esa frase mágica que llenó el espíritu de varias generaciones de nicaragüenses: La Selección Nacional de Béisbol.

El escritor más escritor



El autor entre sus revistas, folders y libros, un archivo inagotable.

Cansado de oírlo decir durante casi 20 años que escribiría de “Cayasso a Nemesio” le creía menos. Se le cayó más pelo, se hizo más jodedor, más amigo, más padre y por su puesto más viejo.

Es posible que algunos piensen que no se tiene tiempo para soñar, pero un día dejó de prometer y la idea que rebotaba entre su corazón y su dedo, entre su mente y su pasión, se hizo la realidad que usted tiene entre sus manos.

Fue un tiempo desconcertante, en el que curiosamente hablaba más de la muerte, en el que desnudaba sus sentimientos, se apegaba más a su familia y se replegaba de la política; tampoco quería perderse ni un minuto de la Chilo, de sus hijos y sus nuevos amores, cuatro nietos.

Compitiendo con él mismo, sabiendo que es insuperable, se rescata de las líneas del pasado para actualizarlas con su evolución literaria.

Aquí tienen este parto de fogosidad y elocuencia, detrás de ella hay una historia de vida, de lágrimas y gozo, un homenaje a él mismo.

Otra vez ese dedo impetuoso que construye su arte que se exige cada día para hacerse nuevo. Taka, taka taka, plump.... Algo brilla en ese crujir de despedazadas teclas que saltan entre ideas, dioses, frases, libros, memoria e imaginación.

Salta al vaso de pinolillo o de avena para luego morder un pico de las Sampson –ojalá lo hayan patrocinado- y vuelve a rugir, con más motivación, mientras el tiempo pasa y el no se da cuenta ¿Acaso un trago de pinolillo con un pedazo de pan son la pócima de tanta magia?

En esa lluvia de fantasía Edgar no tiene freno y hace de las palabras una danza contagiada de esplendor y ritmo. Se monta en las alas de la historia para darnos otro pedazo de su creación, de esa metáfora que es aliento, piel, carne y hueso, que trasciende el recuerdo y nos atrapa en esa sensación de ser protagonista.

Aún siente que su dedo está ávido de sueños y su mente fertilizada por la experiencia. Ha hecho de las palabras sus juguetes preferidos, que sueltan ese niño insolente que siempre le da ánimo y esperanza.

Cuando creemos que ya dejó de sorprendernos nos estremece su improvisación. Sus desvelos que lo llevan a esa locura, han dado un nuevo fruto.

Aunque no lo diga, este hombre de corazón generoso, que sabe amar y perdonar, sabe que Dios lo ha acompañado hasta este momento de triunfo en su vida.

Por eso, cuando él vuelve a ver atrás, rasgando la cima de los setenta, sabe que no ha estado solo.

Como el mismo dice... Para qué, un privilegio.

René Pineda



GRUPO LOGÍSTICO

EMPREMAR®

Calidad hecha Servicio!

PIEZAS CLAVES UNIDAS PARA SU CRECIMIENTO REGIONAL

 **COMPAÑÍA ADUANERA**

 **CONSOLIDADORA DE CARGA**

 **ALMACEN DE DEPÓSITO FISCAL "MANAGUA"**

 **TRANSPORTE NACIONAL DE CARGA**

 **LOGÍSTICA Y ALMACEN "PUERTO CORINTO"**

 **TRANSPORTE REGIONAL DE CARGA**



21

Años

Llevando lo mejor.

 **¡NUEVO!**
**PARQUE INDUSTRIAL DE ALMACENAMIENTO
DE GRANOS "CORINTO"**

www.empremar.net

Oficinas Centrales en Managua: Km 4 1/2 Carretera Norte, Semáforos Bolter 2C. al Sur
PBX: (505) 2249-8003 • FAX: (505) 2249-6505

Peñas Blancas - Puerto Corinto - El Güasaule - El Espino - Las Manos

Un fabricante de asombros en nuestro beisbol

Carlos, el irrepentible



Carlos García, un experto en frotar lámparas y producir milagros.

El paso del tiempo, las embestidas del viento y los recortes de memoria que con todo terminan, nunca parecieron ser suficientes para desvanecer la imagen de Carlos García, el más influyente dirigente deportivo que ha producido Nicaragua, a un lado de lo discutible de ciertos procedimientos.

“Lo que perduran son las huellas”, escribió Balzac, y las que ha dejado Carlos, aún moviéndose en una silla de ruedas después de haberse visto empujado a un forzado retiro en la frontera de los 80 años, son imperecederas.

“Este hombre es el beisbol de Nicaragua”, dijo el Presidente Daniel Ortega durante un acto público vinculado con el deporte casero en el mes de octubre de 2008, refiriéndose al terco “combatiente” de más de medio siglo por el progreso del beisbol en el terruño, como lo ha sido Carlos García.

¡Qué bueno fue percatarnos que Daniel estaba claro de eso! Obviamente, no era necesario ese reconocimiento para medir a quien en su época de esplendor y grandeza movía montañas de dificultades con su empeño, talento, terquedad, astucia y la infaltable cuota de suerte.

ATRAVESANDO RETOS

Conozco desde hace 42 años al dirigente que organizó aquí tres Campeonatos Mundiales y una Copa Intercontinental, que fue asesor incidente en otra Copa realizada en Italia y en aquel Mundial de 1974 en Estados Unidos, después de haber derrotado a la FIBA en el más grande conflicto internacional que yo recuerde. Trabajando largo tiempo a su orilla, en diferentes tareas, aprendí que “nunca hay que darse por vencido. Sólo así vas a poder resolver los problemas y encontrar una salida hacia el futuro”. Te lo agradezco Carlos. ¡Cuánto me ha servido eso!

Carlos, inyectado con ese fuego espartano que siempre lo caracterizó, fue uno de los grandes soñadores que impulsaron el beisbol olímpico desde antes de los Juegos de Múnich en 1972, y quien supo manejarse con la habilidad sólo cultivada por un gran maestro de ajedrez, en la tormentosa división de nuestro beisbol, sufrida entre 1973 y 1977, logrando sobrevivir y prevalecer.

Estuvo cuatro años y medio prisionero por un error político de apreciación, sin que le confiscaran la pasión por su vocación, el beisbol, y cuando salió libre en 1985, afectado por una serie de problemas de salud, fue directamente a recargar sus baterías con determinación, regresando a posiciones dominantes como Director de Deportes, después del fallecimiento de Sucre Frech, y Presidente de FENIBA.

Frente al desgaste que imponen la edad y los problemas de salud, pero con su espíritu de luchador intacto, Carlos se resistía a colgar los spike, porque eso equivalía a colgar su corazón y perder la vida. Pero no, incluso superó eso contra pronóstico.

Fue por gestión de Carlos que el Estadio Nacional se restauró como el David de Miguel Ángel, para el Mundial de 1972, convirtiéndose en uno de los parques de beisbol mejor acondicionados del Caribe; fue su esfuerzo el que hizo posible poner en pie estadios como los de Masaya y León, y la modificación y finalización en los de Granada y Chinandega. Antes de su iniciativa y ejecución, el estadio de Masaya era de tablas crujientes como la estación de trenes de Macondo que nos dibuja la imaginación de García Márquez, y el llamado Hipódromo León necesitaba tanto por hacer, que parecía improbable habilitarlo. Los estadios de Granada y Chinandega tenían que ser concluidos y acondicionados de acuerdo con las exigencias de la FIBA,

y se logró. Más adelante, Carlos consiguió de los Dodgers ese pequeño parque de pelota llamado “Jackie Robinson”, ubicado en el Instituto de Deportes.

SU “MONA LISA”

Si buscamos su obra maestra, como el Cristo de Velásquez, fue la organización del Mundial de 1972, incluyendo por supuesto el “maquillaje” a lo Elizabeth Taylor del Estadio Nacional construido en 1948. Recuerdo que veíamos con un asombro imposible de ocultar los avances que se lograban día tras día; las sillas de diferentes colores instaladas en las graderías, excepto en las populares; el acondicionamiento del terreno y la fabricación de los palcos de prensa; la zona especial con su escalera de caracol; la reparación del techo; las nuevas luces compradas en la Phillips de Holanda; la majestuosa pizarra eléctrica; el luminoso y rapidísimo mensajero igual al de los Mets en el Shea Stadium de Nueva York; los vestidores y las oficinas. El nuevo look del estadio hizo que las legiones de aficionados del beisbol en Nicaragua se sintieran en Disney.

El inmortal Roberto Clemente, de pie frente al montículo, escuchando el rugir de las tribunas, atrapado por la magnificencia del espectáculo, expresó genuinamente emocionado antes del juego Puerto Rico-Nicaragua : “Uh, éste es un estadio de Grandes Ligas”.

LOS DUROS TAMBIÉN LLORAN

Hombre duro, cultivado en Academias Militares, con cursos en el FBI, capaz de reaccionar a bruscas bajas y desgastantes prisiones, de atravesar por las situaciones más adversas sin alterar esa confianza siempre exuberante en él mismo, Carlos no pudo sujetar las lágrimas aquella mañana

que siguió al terremoto, viendo el Coloso de Concreto de rodillas, sangrando por sus múltiples heridas, prácticamente inutilizado.

Ese estadio, tan reluciente unas horas antes, daba la impresión de haber envejecido cien años en un abandono imperdonable, igual que Carlos en ese momento de intenso dramatismo. Fue como si Leonardo estuviera frente a su pintura emblemática, La Gioconda, grotescamente rayada por un insensato en el Louvre; o ver La Piedad, esa escultura que impresiona en la entrada al Vaticano, con su nariz quebrada por el asalto de aquel loco con un martillo, precisamente el 21 de mayo de ese año, 1972.

Uno se hinchaba de orgullo y satisfacción frente a ese estadio. Recuerdo a Carlos entrando a ese escenario todavía sin maquillaje en 1970, junto con sus invitados Joe Dimaggio y Bob Feller, dos miembros del Salón de la Fama de Cooperstown, y acompañado por el Comisionado Bowie Kuhn, para iniciar la etapa moderna del beisbol casero, con Cirilo Herrington como único bateador de 300 puntos y Sergio Lacayo ganando 15 juegos. En ese momento, ni él imaginaba que sería capaz de semejante transformación.

CASI SIEMPRE PUÑO EN ALTO

Era el mismo Carlos que casi tres años después estaba en el montículo a la orilla de Anastasio Somoza hijo, cuando el tirano hizo el primer lanzamiento de aquel Mundial del 72 --que sigue siendo calificado como el mejor de la historia-- con el siempre impresionante Roberto Clemente en el cajón de bateo; el mismo que insólitamente, a los diez meses de la catástrofe ocurrida en diciembre del 72, obvió la terrible repercusión de aquel terremoto, para organizar, cubierto de polvo y de humo, contra viento y marea, el Mundial de 1973;

el que colaboró con una tenacidad y fe llamativas, para que Denis Martínez y Antonio Chévez comenzaran a abrirse paso en el beisbol organizado; el que sin un billete en caja de FENIBA decidió y logró llevar a la Selección Nacional a China; el que cuando fue sacado de la FIBA, “inventó” la FEMBA, ganó la guerra y se convirtió en Vice-ejecutivo de la AINBA; el que salió de la cárcel casi directamente para estar presente en la Copa de Edmonton en 1985, mostrando su puño en alto.

Un hombre muy hábil que logró ser amigo de Anastasio Somoza Debayle colocando a un lado su salida del aparato militar en un caso muy sonado; que obtuvo la plena confianza del Coronel Adonis Porras, llevándolo hasta la Presidencia del Comité Olímpico; que fue bendecido por el Cardenal Miguel Obando y Bravo; que se relacionó deportivamente con el General Humberto Ortega y con el Ministro de la Presidencia en el inicio de los años 90, Antonio Lacayo; que cultivó una larga amistad con Arnoldo Alemán y una buena conexión con Enrique Bolaños, llegando a recibir más de una palmada en la espalda por parte de Daniel Ortega. Un experto en mantener el equilibrio sobre arenas movedizas.

Próximo a su retiro, lo vi sentirse abrumado por una tristeza inmemorial. El dirigente que movía montañas nos dejó abierto un libro de muchos tomos. Carlos fue un hombre viviendo cada día como si fuese el último de su existencia, desesperado por sacarle el máximo provecho al tiempo, optimista incurable.

¿A cuántos minotauros “mató” para salir de tantos laberintos a lo largo de su vida? Nadie lo sabe, pero superó una montaña de retos para imponerse y hacer historia. Un fabricante de asombros. Un dirigente irreplicable.

EL MILITAR

Carlos es el mayor de 6 hermanos, hijos de un oficial del ejército de Somoza García. “Me incliné hacia lo militar por vocación. En mi casa siempre estaban uniformes secándose al sol, aunque mi padre, Carlos Manuel, nunca trató de incidir en ese sentido. Mi hermano Alejandro y yo seguimos sus huellas y fue para mí una decisión acertada, una gran escuela, y sobre todo una experiencia útil y saludable”, apunta directamente, sin tomarse el tiempo como acostumbraba antes de cada respuesta, sin subestimar ninguna pregunta.

A los 16 años, en 1948, Carlos García entró a la Academia Militar y en febrero de 1952, cuatro años después, se graduó con notas destacadas, obteniendo el rango de Teniente Primero... Carlos desfiló con la Academia en los actos inaugurales del Mundial de 1948, lejos aún de sospechar que su verdadera proyección y su mayor incidencia en la vida serían en el beisbol como dirigente.

De inmediato quedó frente a una difícil decisión: tomar una beca para estudiar ingeniería en Inglaterra, por haber realizado un eficiente trabajo en Geodesia, o desviarse hacia la posibilidad ofrecida por el Director de la Escuela de Policía, Jorge Cárdenas, para especializarse en asuntos policiales en Perú. Se trataba de Investigación y Policía criminal. Carlos se decidió por lo último, seguramente porque estaba en línea directa con su vocación.

Enviado posteriormente a Perú para realizar estudios avanzados, se casó con Aida del Solar, y más adelante, en los 80, con Ninoska Leetz. Regresó a Nicaragua en 1954 y cuando vino Richard Nixon, por el currículum que había edificado, fue designado como su edecán.

Como consecuencia de ese trabajo, y utilizando “su olfato”, obtuvo de carambola una beca federal. Y digo de carambola porque las dos becas disponibles ofrecidas por Nixon tenían dueños: Gastón Cajina y Ruperto Hooker, pero el primero, envuelto en dificultades con Anastasio Somoza hijo, fue trasladado a León, y eso abrió un espacio aprovechado por Carlos.

Ingresar a un Curso de Policía en Texas le permitió “agudizar” más sus sentidos, mejorar su inglés y saltar después a un curso del FBI en Quantic, Virginia, en 1955... Fue en Washington donde estudió Servicio Secreto y desarrollarse en esa tarea, según él, cambio su vida.

Hay unas frases del escritor estadounidense de best-sellers, Dean Koonz, que grafican de cuerpo entero a Carlos García: “La vida es dura e incluso cruel, pero también es lo que uno hace de ella. A veces, la vida es amarga como lágrimas de dragón, pero si te zambulles con ímpetu a combatir la adversidad en lugar de quedarte mansamente resignado, esas lágrimas podrían transformarse de amargas en dulces”.

Gracias Carlos por todo lo que hiciste, incluyendo los tres mundiales, algo irrepetible.